

Cuentos del antiguo Egipto



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Tales of Ancient Egypt*

En cubierta: ilustración © Irene Pérez / Pencil Ilustradores

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Roger Lancelyn Green, 2011

Publicado originalmente como *Tales of Ancient Egypt* por Puffin Classics, un sello de Penguin Random House Children's, parte a su vez del grupo de empresas Penguin Random House

© De la traducción, Ismael Attrache

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-66-0

Depósito legal: M-21.677-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Roger Lancelyn Green

CUENTOS DEL
ANTIGUO EGIPTO

Traducción del inglés
de Ismael Attrache

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Prólogo: Las tierras egipcias	11
-------------------------------	----

CUENTOS DE DIOSES

Ra y sus hijos	25
Isis y Osiris	31
Horus, el Justiciero	47
Jnum, dios del Nilo	61
La legendaria reina Hatshepsut	69
El príncipe y la esfinge	77
La princesa y el demonio	83

CUENTOS DE MAGIA

El loto de oro	93
Djedi, el hechicero	99
El Libro de Tot	107
Se-Osiris y la carta sellada	125
El reino de los muertos	137
Los dos hermanos	147

CUENTOS DE AVENTURAS

La historia del marinero que naufragó	163
Las aventuras de Sinhué	171
El campesino y el funcionario real	181
La toma de Joppe	189
La princesa griega	197
El ladrón de tesoros	213
La muchacha de las zapatillas rojas	221
Cronología	227

A mi sobrina y ahijada Jan Trinder

Prólogo

Las tierras egipcias

Egipto siempre ha sido una tierra llena de magia y misterio, un país diferente de todos los demás; lejano, extraño y difícil de comprender, pero que suscita una extraña fascinación. De todas las regiones del mundo antiguo, Egipto fue la más autosuficiente: sus costumbres eran distintas; también lo eran sus creencias. Las leyendas egipcias surgieron de manera autónoma, sin ninguna influencia de otras civilizaciones.

Los griegos, alrededor del 500 a. C., «descubrieron» Egipto y comenzaron a dejar testimonio de lo que veían. Para entonces, la civilización egipcia se iba acercando al fin de sus tres mil años de existencia. Heródoto, que es el historiador griego más antiguo del que nos ha llegado obra escrita, estuvo en Egipto sobre el 450 a. C. En su viaje descubrió lo siguiente: las antiguas inscripciones de jeroglíficos solo las entendían ya los sacerdotes; dichas inscripciones llevaban siendo escritas o esculpidas en monumentos desde los tiempos de Menes, el primer faraón conocido, que unificó los dos reinos egipcios alrededor del 3200 a. C. Sin embargo, aún se seguían narrando de generación en generación, casi sin cambios, unos

mitos e historias que tenían treinta siglos de antigüedad. En la época posterior a Heródoto, el antiguo Egipto fue conservado de manera casi artificial por los griegos que conquistaron el país: Alejandro Magno y los descendientes de Ptolomeo, general de sus ejércitos. Pero los vestigios de esta civilización empezaron a perderse con los romanos; tras la invasión árabe del 639 al 646 desaparecieron por completo. Solo a comienzos del siglo XIX fue redescubierto el Antiguo Egipto: se descifraron los jeroglíficos, se empezó a traducir el egipcio antiguo y comenzó la excavación y conservación de tumbas, templos y pirámides.

Las creencias religiosas de un pueblo, la forma que adopta su civilización y las leyendas que acaban dando forma a su literatura responden en gran medida a las condiciones naturales de la tierra que habitan. Por ejemplo, en Mesopotamia, la lúgubre monotonía de su paisaje de barro, con llanuras que se extienden en cualquier dirección hasta el infinito, hizo que la religión babilonia fuese sombría y se caracterizase por un pesimismo sin esperanza. En Grecia, la asombrosa belleza de las montañas, valles y costas serpenteantes bañadas en una radiante luz dio lugar a los mitos y leyendas inmortales de esa hermosa tierra. En el caso de los pueblos nórdicos, el viento frío y cortante, y una perenne proximidad del invierno cruel, fueron el origen del fatalismo heroico y valeroso de las sagas.

Para aquel que no lo haya visitado, es muy difícil imaginarse cómo es Egipto, incluso con la ayuda de los mitos y leyendas. El antiguo historiador griego Hecateo dejó escrito que «Egipto es el don del Nilo»; de hecho, el Nilo es Egipto. Con la excepción, al norte, del fértil Delta (un

terreno verde y triangular casi a nivel del mar, con lados de aproximadamente doscientos kilómetros), Egipto no es más que la angosta cuenca del Nilo, un pasillo que atraviesa cientos y cientos de kilómetros de desierto, a los que hay que sumar otros mil si continuamos el curso río arriba, atravesamos Sudán y llegamos a Etiopía.

A principios del siglo XX, en su primera visita al país, Rudyard Kipling escribió lo siguiente: «Recorrer el transcurso del Nilo hacia sus orígenes es saldar cuentas con la Eternidad. Hasta que uno no lo ha visto, es incapaz de imaginar cuán minúsculo es este hilillo de vida y agua que discurre victorioso y que traspasa las fauces de una muerte segura. Si se disparase un rifle, la bala llegaría al confín más lejano de toda la superficie cultivada; si se disparase un arco, la flecha iría más allá de los huertos pequeños [...]. El desierto nunca deja de agotarlo a uno, cada día, hora tras hora».

Excepto en el Delta, si una persona se aventurase sin agua en el desierto, dejando atrás el río, moriría de sed antes de que le diera tiempo a volver a buscarla. Hacia el oeste hay más de seis mil kilómetros de desierto, y aproximadamente la mitad hacia el este, contando el mar Rojo.

Toda la vida de Egipto dependía del río y de su desbordamiento. Todos los años, de junio a octubre, a causa de las torrenciales lluvias en Abisinia, a miles de kilómetros de distancia, el Nilo experimentaba una crecida que inundaba tanto la cuenca como el Delta y dejaba un espeso sedimento de cieno y limo. En esta capa de barro crecían las cosechas con fertilidad sorprendente: cereales de todo tipo; hortalizas y legumbres; frutos como la uva, el melón o el dátil.

Si un año la crecida era muy pequeña, el hambre se apoderaba de Egipto. Y si se sucedían varios años de malas cosechas muchos morían de inanición, a menos que el faraón contase con un José como el de la Biblia, que hubiese almacenado grano, como precaución, en los años de abundancia.

Con la muerte siempre tan próxima, los antiguos egipcios desarrollaron cierta obsesión por el más allá, aunque esto no suponía que no supiesen disfrutar de la vida. A su manera, Egipto es una tierra de gran belleza: el río refulge bajo un sol intenso; los palmerales y tamariscos dan cobijo, una corta temporada al año, a una profusión de flores de vivos tonos; en las márgenes del desierto, sobre todo al oeste de Tebas, los acantilados despiden colores de una hermosura indescriptible, primero tenues, luego profundos, y luego oscuros, reflejando el ir y venir del sol; por último, cuando llega el súbito frío de la noche, brillan las estrellas con extraordinaria vivacidad en un cielo semejante al terciopelo negro.

Ra, o Amón-Ra, como sería conocido más tarde, era el dios del sol y la deidad más antigua e importante. La segunda divinidad en importancia era el propio Nilo, a veces adorado bajo la forma del dios Jnum, aunque con mayor frecuencia el río era simplemente el símbolo del origen de la vida y la fertilidad; conceptos que la diosa Isis acabaría encarnando.

Pero la divinidad más poderosa era Osiris, dios de la ultratumba, hermano y esposo de Isis, y primer faraón humano de Egipto. Cuando Osiris volviese a la tierra, su reinado sería eterno y todos los muertos resucitarían.

De igual modo que Osiris había sido un faraón humano que se había convertido en dios, los sucesivos faraones

eran considerados dioses terrenales que se convertirían, a su muerte, en dioses celestiales del reino de Osiris, también llamado Tuat o mundo subterráneo. Por tanto, desde los albores de la cultura egipcia, las tumbas de los faraones y los templos mortuorios donde se honraba su memoria se construyeron con la piedra más resistente que se pudo encontrar. Para su decoración se cubrieron de relieves, frescos e inscripciones que han llegado hasta nosotros miles de años después y nos desvelan cómo era la vida de los egipcios, cuáles eran sus creencias, cómo eran sus mitos y narraciones. Las viviendas y palacios se construían con ladrillos de adobe, pues solo debían durar hasta la muerte de sus habitantes; prácticamente no han quedado restos. Sin embargo, los templos, las pirámides y las tumbas excavadas en la roca fueron construidos para durar eternamente. Los monumentos egipcios son, cronológicamente, los primeros del mundo antiguo, y siguen siendo de los más imponentes e impresionantes de dicho período.

En el Antiguo Egipto, las narraciones acababan con un final idéntico al de las vidas de los mortales: una grandiosa procesión fúnebre hasta una tumba, excavada en la roca, en la ribera occidental del Nilo, donde comienza el desierto. Después de diversos rituales, allí se depositaban los cuerpos, en un cobijo seguro en espera del regreso de Osiris, cuando resucitarían las almas de los muertos. Entonces cada alma volvería al que había sido su cuerpo en vida y viviría eternamente en un reino terrestre pero inmortal.

Todos los súbditos egipcios hacían lo posible por construirse magníficas tumbas; cuando moría alguien, sus descendientes intentaban que el cuerpo fuese embalsa-

mado y momificado, y procurarle una tumba. Sin embargo, las tumbas mejores y más duraderas les estaban reservadas, como cabe esperar, a los faraones, pues eran el lugar donde se honraba eternamente su memoria.

Los faraones de las primeras dinastías, como Djoser, Keops o Kefrén, se hicieron construir las imponentes pirámides que han sobrevivido cinco mil años y que han mantenido vivo el recuerdo de dichos monarcas. Faraones posteriores, como Hatshepsut, Ramsés II o Seti I, mandaron excavar unas tumbas enormes en el Valle de los Reyes, al oeste de Tebas, formadas por sucesivas cámaras que se van adentrando cientos de metros en el interior de la roca.

El cuerpo del faraón se colocaba dentro de varios sarcófagos en el centro de la pirámide, o en la última cámara si la tumba era excavada. El primer sarcófago, el más grande, se hacía de granito de Syene, que es la moderna Asuán. El último, el más pequeño, era de oro. Junto a él se enterraban innumerables tesoros y sus posesiones más queridas, desde carros y tronos hasta abanicos y cajitas de fina pomada. También se dejaban unas figurillas conocidas como *shabti*, que eran representaciones de hombres y mujeres realizando tareas terrenales tales como la agricultura y la pesca; otros tejiendo, otros cocinando, y otros que remaban en el barco real, todos atareados: porque en el más allá, la vida del faraón, el buen dios, sería igual que en la tierra, y allí iba a necesitar todas sus legítimas posesiones.

Las escenas de las paredes de las cámaras funerarias, al fresco o en relieve, no solo reproducían escenas de la vida en la tierra, sino también de la vida en el más allá. De este modo, el ocupante de la tumba tenía una guía que

le ayudaba en su viaje hacia el oeste, donde se encuentra el Tuat, el reino de los muertos.

Es un gran misterio cómo podían saber los egipcios, con tanta exactitud, lo que se iban a encontrar en el viaje hacia el Tuat. Sin duda debieron de existir historias contadas por hechiceros y otros personajes, individuos que habían hecho el viaje a esa tierra fantasmagórica y habían vuelto para contarlo. Pero todos los relatos se han perdido; menos uno. Lo único que nos queda de este son breves fragmentos, aunque con la ayuda de los frescos y de las inscripciones de las tumbas, podemos reconstruir ciertas descripciones del Tuat y del juicio de Osiris. En esta tarea también nos son de gran ayuda los rollos de papiro que incluían en sus tumbas aquellos que tenían menos dinero y no podían encargarse de los frescos como guía. Estos papiros que sustituían a los frescos recibían el nombre de *Libro de los Muertos*.

Desde los tiempos de Menes, unificador del reino y primer faraón, los antiguos egipcios llevaron una vida tranquila y casi sin cambios, de manera prácticamente ininterrumpida hasta que llegaron los viajeros griegos, como Heródoto, ávidos de descubrimientos. A lo largo de su historia, recibieron algunas invasiones del exterior: por ejemplo, hubo un pueblo misterioso, los hicsos (algunos estudiosos creen que se trata de los israelitas), que se hicieron con el control del Delta del Nilo durante cien años. En otra ocasión, doscientos años antes de los viajes de Heródoto, Egipto fue conquistado durante un tiempo por los asirios, y después por los persas. Si bien en la época de Ramsés II (1290-1224 a. de C.) el imperio egipcio cubría la mayor parte de Palestina y Siria, apenas un siglo después, el Delta del Nilo sufría un fallido

intento de invasión por parte de los griegos del período micénico.

No obstante, la vida cotidiana en Egipto apenas registró cambios. Las gentes vivían con sencillez, normalmente sin pasar estrecheces; cultivaban la tierra tras la inundación anual, y cuando la actividad agrícola cesaba, en los cuatro o cinco meses al año que las riberas estaban anegadas de agua, se dedicaban a levantar pirámides, templos y tumbas.

También reservaban para el asueto una considerable cantidad de tiempo, aunque gran parte de él lo ocupaban las ceremonias religiosas. Aunque todavía les quedaba ocasión para bailes, cánticos y la narración de cuentos. Por regla general, los relatos y las músicas eran transmitidos oralmente y casi nunca se escribían. En ocasiones, si versaban sobre dioses (categoría que incluye a los faraones), se inscribían en los templos y santuarios. Así pues, entre los cuentos que recoge este libro, *El príncipe y la esfinge* se puede leer en los jeroglíficos de una lápida de un pequeño templo entre las garras de la esfinge de Guiza; el relato de *La legendaria reina Hatshepsut* lo podemos leer en las paredes del templo de la reina en Deir el-Bahari, al oeste de Tebas; *La princesa y el demonio*, por su parte, en una estela de arenisca hallada en el templo de Jonsu en Tebas, que ahora está en París; por último, *Imhotep, dios del Nilo* se halla, inscrito en piedra, en la isla de Elefantina.

Relatos como *Ra y sus hijos* u *Horus, el Justiciero* y muchas de las descripciones de *El reino de los muertos* proceden de la unión de diversos fragmentos de inscripciones y estelas hallados en lugares como la pirámide de Djoser, las tumbas de Seti I y de Ramsés I y II, el templo de Edfu

dedicado a Horus, o retazos de papiro como el *Libro de los Muertos*, el que se incluía en las tumbas de aquellos que no tenían dinero suficiente para que les hiciesen un relieve o un fresco que les sirviese de guía por el mundo subterráneo.

La historia de Osiris no solo la conocemos gracias a estas fuentes. En el siglo I de nuestra era, el escritor y filósofo griego Plutarco recogió la leyenda de este dios en su tratado *Isis y Osiris*, que sabemos que es exacto porque así nos lo confirman, entre otras, las muy remotas inscripciones de Abidos.

La mayoría de los cuentos de magia o de aventuras aquí incluidos fueron escritos, o transcritos, en los últimos dos mil años de la antigua civilización egipcia. *El loto de oro y Djedi, el hechicero* proceden del papiro Westcar, conservado hoy en Berlín, y que se cree que data de la XII Dinastía (2000-1785 a. de C.). *Los dos hermanos* fue escrito probablemente por Ani, el escriba predilecto del faraón Seti II (sobre el 1200 a. de C.). *El campesino y el funcionario real* aparece en varios papiros incompletos de fecha desconocida, pero juntándolos se puede conseguir la historia completa. *La historia del marinero que naufragó* también procede de épocas muy remotas, es posible incluso que sea de la XII Dinastía; pero los expertos no se ponen de acuerdo sobre la fecha del papiro, que se encuentra hoy en Moscú.

Se-Osiris y la carta sellada, *El Libro de Tot*, *Las aventuras de Sinhué* y *La toma de Joppe* proceden todos de manuscritos tardíos, fechados después del 715 a. C., época en que se popularizó el demótico, una nueva forma de escritura que dejó relegada a la jeroglífica. No obstante, el origen de estos relatos se halla, casi con total certeza, en tiempos muy anteriores, mucho antes de que se escribiesen las

copias que nos han quedado; es posible, incluso, que su origen se remonte a las XIX y XX Dinastías, que fueron el período posterior a la edad de oro de Ramsés II.

De los últimos tres cuentos solo nos han llegado sus versiones griegas. El primero que narró en esa lengua la historia de *La princesa griega* fue Estesícoro (ca. 640 a. C.-ca. 550 a. C.), aunque de sus obras solo nos quedan fragmentos; Heródoto le dedica varios capítulos a la misma historia, y Eurípides se basó en ella para una de sus obras. Sin embargo, resulta evidente que el origen de la historia es egipcio, ya que es imposible que los griegos entendiesen del todo lo que era el *ka* de la princesa (el *ka* era un doble espiritual que tenía cada persona): este concepto no aparece en ningún otro lugar de la mitología y literatura griegas. Los escritores británicos Rider Haggard y Andrew Lang detectaron el claro origen egipcio de este relato, y emplearon algunos de sus elementos para escribir una magnífica novela histórica situada en el reinado de Merneptah, hijo de Ramsés II, titulada *The World's Desire* [El deseo del mundo]. Rider Haggard volvió a emplear el mito del *ka*, aún con mayor fortuna, en su novela *Estrella matutina*, que es una de las mejores recreaciones literarias del Antiguo Egipto que se hayan hecho jamás.

El ladrón de tesoros fue un relato que escuchó Heródoto en su viaje a Egipto, y lo incluyó en sus *Historias*; por lo que respecta a *La muchacha de las zapatillas rojas*, que es la versión más primitiva que conocemos del cuento de la Cenicienta, Heródoto supo evidentemente de la existencia de Rodopis, que fue casi su contemporánea, pero la confundió con una aventurera reina anterior: la historia completa nos la narró otro griego del siglo III de nuestra era, Eliano, en su *Varia historia*.

Podemos afirmar, para concluir, que los cuentos del Antiguo Egipto aquí recogidos son una muestra de una tradición literaria escrita que duró más de dos mil años, una tradición de la que nos separan ya cuatro mil años, o quizá incluso cinco mil, si consideramos que las historias de dioses ya se transmitían oralmente en tiempos de los primeros faraones, antes de que Djoser y sus sucesores comenzaran a dejarlas inscritas en los jeroglíficos de los muros de los templos o cámaras funerarias. Desgraciadamente, de una era tan remota han llegado hasta nosotros solo unos pocos cuentos. De esos pocos, aquí han sido seleccionados y reelaborados los mejores. Son las narraciones más antiguas que conoce la humanidad; narraciones que, en su mayor parte, no parecen acusar el paso del tiempo, pese a que su apariencia nos evoque la magia del tiempo perdido y de las distancias lejanas; narraciones que nos transmiten, con un susurro, la vida de un pasado que se hunde en las brumas del tiempo, que nos desvelan destellos embriagadores del mundo perdido del Antiguo Egipto.

*El murmullo de un credo desvanecido,
canción de juncos que el viento mece
a orillas del Nilo, el río sagrado.*